

## LATIDO

Jadeando se detuvo frente al café. Un escalofrío recorrió su espina dorsal y estaba segura que no era por el sudor. Percibía una extraña sensación de presencia.

Había un bullicio inusual en el interior del lugar, entró decidida.

No necesitaba un café, había tomado ya su dosis de cafeína al final de la tarde, antes de salir, pero necesitaba desactivar la tensión que había ido sintiendo a lo largo de su carrera, y el lugar estaba en el sitio perfecto. También necesitaba un refugio.

Se sentó al fondo del local, en una mesa redonda, con un cartel que anunciaba la película “todo sobre mi madre” y no pudo más que pensar de nuevo en la suya. A veces parece que ciertos pensamientos nos persiguen hasta dentro de los sitios más inesperados...

Debía ser él. Pero no podía asegurarlo. Nunca podía, sin embargo lo sentía. Tan fuerte que dolía, tan intenso que temblaba... ¿Existe algún medidor de sensaciones químicas y emocionales que “traduzca” nuestras vivencias?. Nunca podría demostrar que lo había sentido y sin embargo...

Le retumbaba el sonido estridente de la canción que sonaba. En un momento dado, comenzaron a palmeaar, alguien bailaba... Sonrió. Así es como le gustaba estar en los sitios. ¡Con la alegría de la vida desbordando!. Y aunque le doliese el oído y el alma, intentó relajarse.

Analizó su situación. Estaba "casi" segura que nadie la había visto entrar, sin embargo, lo había sentido durante todo el trayecto. ¿Cuándo comienzas a pensar que todo es fruto de tu mente?. ¿En qué momento valoras que tienes que despegarte de la mugre de tu alrededor?.

*Su terapeuta no era de gran ayuda, al menos eso creía cada vez que tenía que pagarle. Ella iba cada semana, y durante una hora no dejaba de contarle todo lo que pensaba, quizá más de lo que quisiera, pero ¡qué importaba!, no la conocía de nada, y estaba segura que ella nunca lo contaría. Pero lo que echaba de menos era el cariño, necesitaba charlar con alguien que no la juzgase, pero que a su vez le ofreciese no sólo su escucha, sino su charla. ¡Esta señora no decía nunca nada!. Nunca daba una pauta, ni su opinión, apenas con un hilo de voz planteaba alguna que otra pregunta... no acababa de funcionarle. Aprendió a callar con los demás. Los juicios y prejuicios la habían llevado a no confiar en nadie, en ese sentido pensaba que lo estaba haciendo bien.*

*Mientras pudiera pagarlo iría a terapia.*

*También había aprendido a respirar profundo, y había comenzado a correr. Le encantaba el ejercicio. Se sentía bien, su cuerpo respondía siempre y era feliz. Olvidaba su pasado y planificaba su futuro en las salidas.*

*Pero ahora tenía miedo. No había dejado de tenerlo todavía. Pensó que pasado un tiempo cambiaría todo. Es posible que debiera pasar más.*

En el café reinaba la alegría, y aunque ella venía con demasiadas pulsaciones de su

entrene, trató de respirar profundamente, impregnarse de esa alegría, y sentir que resbalaba su miedo. Lo visualizaba deslizándose por su escápula hacia la columna y correteando por su espalda abajo, también por su brazo y goteando por los dedos inertes, quietos, tranquilos...

*Miedo. ¿Qué era el miedo?. ¿Una emoción, una sensación, una sombra, un color, una música, un grito...? . No sabría definirlo. Había sentido miedo a la oscuridad, a los monstruos cuando era pequeña, a quedarse sola... pero miedo a las personas, nunca. Siempre confiaba, quizá demasiado ingenuamente, y se negaba a creer, a priori, en la maldad de los demás. Por eso, le desconcertaba lo que sentía, no entendía cómo se había tensionado todo tanto, para que la única solución fuese huir, buscar otra salida. ¡Miedo a su socio!. No podía creerlo.*

*Daba gracias por haberse decidido. En verdad, lo había arriesgado todo, pero no podía ceder y sentirse humillada por más tiempo, así que pese a todos los problemas que se iba encontrando, creyó que valdría la pena.*

Se le acercó el camarero, sonriente, con la gracia gaditana en los ojos. Le encantaba el Sur. Su gente afable, simpática, alegre, abierta siempre. Estaba en buen lugar.

- - Agua con gas. - Le dijo.
- - Disculpe señorita, el evento es privado, puede usted estar y tomar algo, pero cerraremos las puertas enseguida.

- - Muchas gracias, tomaré el agua rápido.

Tenía que salir. Y aún no estaba preparada. ¿Y si seguía un rato más?. ¿La habría seguido hasta allí?. Saldría corriendo de nuevo. Nadie detiene a un corredor rápido, ella siempre pensaba esto, aunque no estaba tan segura...

Se tomó su consumición, disfrutó de la alegría del Café, de los artistas que allí habían, y con nostalgia conectó con su creadora interior. ¡Cuánto tiempo de colapso!, ¡cuánto bloqueo interior y exterior!. Ahora se sentía en el borde de ese camino que comienza a definirse. ¡Cuánto hay que arriesgar para sentir que has tomado una dirección correcta!. Es como si todo lo andado previamente se desvaneciera con algunos sucesos. Y sólo muchos años después entiendes que todo encaja. Que tu vida es un puzzle que necesita ser montado, con cariño y pieza a pieza, y con las dificultades que eso conlleva.

*Lo que no soportaba era cómo había llegado a ese punto. Intentaba analizarlo, y no entendía. Todo lo que le había ocurrido iba en contra de lo que firmemente defendía. Su ser como mujer, su lucha por ser igual, por estar siempre, por querer poder, por confiar siempre, por trabajar...*

*Todo cambió cuando quedó embarazada por segunda vez. Con su primer hijo ya hubo alguna señal. Dos meses fueron demasiado tiempo de baja, no podía trabajar pero tampoco estar con su hijo. Nadie le explicó cómo hacerlo, cómo duplicarse para llegar a todo, pero lo hizo, o lo intenta. Aunque siente que no llega, a pesar de sobrepasarse de tareas, tampoco se aprecia en su entorno, sobretodo el laboral. Con ella, su hija, todo fue más complicado.*

*Vinieron muy seguidos, y Nora no paraba de llorar. Fue muy difícil. Querer trabajar para no estar con ella, estar en el trabajo y sentirse mal por no estar con ella. Y médicos, más médicos, pruebas, más pruebas... Y su bienestar roto. Su paciencia a prueba. Los reproches callados que fueron amontonándose. El estrés, y el cúmulo de tensión insana que va calando en el entorno. Y 8 años después, explota de frente: que no ha estado ahí al 100%, no tanto como él, que no puede ser igual que él porque tiene que atender a sus hijos..."*

*Le entraban escalofríos cuando pensaba en cómo podía acabar todo si explotaba. Ambos tenían un 50% de participación en la sociedad y él fue haciendo su camino de derrumbe continuado, para hacerse con su parte sin demasiado coste.*

*No consentía un NO por respuesta, eso le dijo. Fue en una reunión de trabajo, en una ciudad diferente, en un rato de baile. Ella NO bailaba. Ni con él ni con nadie. Luego le llovieron los gritos. Y ahí comenzó a asustarse. ¿Cómo te "deshaces" de alguien que quiere que le pertenezcas?. ¿Alguien con el que debes trabajar 10 horas al día, viajar, tomar decisiones...?. ¿Cómo mediar en una situación límite, cuando no hay matices?. "No es no", era ya entonces su lema para ella. Tuvo que hacer equilibrios, para no perder su familia, su casa, su trabajo y su honor. Y ahora sólo trataba de recuperarlo todo, poner orden y seguir adelante.*

*A veces era ella la que lo espiaba. Aprendió alguna de sus contraseñas cuando gestionaba los equipos informáticos y era capaz de localizar su móvil. Sólo quería saber dónde estaba. Para no cruzarse nunca más con él. Cuando cambió su número de teléfono, dejó de tener acceso a su localización. Y vino el miedo a salir sola.*

*Contar todo aquello que había vivido no era posible. Quizá esa es la tumba de muchas mujeres. No contarlo es peligroso para tu vida, y hacerlo es peligroso para tu vida social, para los juicios de los demás, para tu honor. Te envuelve una encrucijada de la que es difícil salir. No confías en que alguien pueda entender la verdadera esencia de lo que te ha pasado. Porque ni tú misma eres capaz de perdonarte por lo ingenua que has sido, por todo lo que has callado, por saberte engañada y manipulada por ser mujer, por haber sentido que aquello que siempre defendías te ha atrapado.*

Pagó su consumición y salió del café. Estaba preparada para volver a un ritmo alegre, también para encontrarse con alguna sorpresa. Sacó el nudillo de su dedo corazón con el puño cerrado, como había visto en las películas, y mantuvo sus manos tensas y atentas. Conectó su teléfono y le envió a su pareja su ubicación real. A veces lo hacía. Sólo cuando el miedo le vencía. Sabía que él no lo miraría, estaría abstraído en otros menesteres, pero ella se sentía más segura haciéndolo. Comenzó a correr, no sin antes visualizar el exterior del café y certificar que no había nadie.

*Pensó en Nora. ¡Cuántas veces pensaba en ella!. Sabía que ella la necesitaría toda la vida, y que se estaba forjando en la dureza del camino por algún motivo que no quería relacionar con ella. Pero cada vez que lo pensaba le invadía una extraña sensación de inquietud. También intuía que no sería fácil ese camino.*

*No había pasado el suficiente tiempo, eso era más que evidente. No parece tampoco que todo se hubiese acabado para él, aunque sí para ella, que intentaba cerrar capítulo muy rápido, aún con sangre en las heridas; pero él no olvidaba. Plantar cara a su ego fue un*

*golpe duro en su ser patriarcal, y tampoco pudo soportarlo. Le rechazó en todas sus proposiciones, pero a cambio, tuvo que aguantar gritos, amenazas, impagos y acoso económico, y una tensión sexual idealizada que ella no entendía ni podía soportar sola. Sólo quería huir. Y por eso empezó a correr. Quería huir de él y de sí misma. Quería poder parar los sentimientos de él hacia ella, intentando sobreponer la empresa por encima de todo, por su futuro laboral, por su familia, por su vida. Ella tenía claros sus principios, y él quería ponerlos patas arriba. Nunca, no, no quiero estar contigo, no tendrás mi parte tampoco...*

Llegó a su barrio, después de unos kilómetros intensos, necesitaba una ducha. Pensaba demasiado cuando corría. Su cabeza imaginaba situaciones, organizaba días y semanas enteras y proyectaba su vida en el camino. Y en esos momentos de tránsito con la vida real, su mente evadía el entorno. No pudo conectar a tiempo. De rápido que fue todo.

Debía conocer sus hábitos, pues salió de la esquina de la calle Saura con Menéndez, con menos luz que habitualmente, por un problema con las antiguas farolas del barrio.

Dio un grito. Y él comenzó a reírse. Con esa risa que tan nerviosa le ponía, con esa risa de un ser que se cree superior, pero no es más que la señal irritante de que no controla absolutamente nada. La odiaba.

Quiso zafarse. Tenía que marcharse lejos o le haría daño.

Siempre era igual. Primero le hablaba suave, como intentándole convencer con buenas palabras de algo que ella NO quería; después se ponía nervioso, porque ella se cerraba en

banda con su decisión, se callaba y no conseguía que le dijese absolutamente nada.

Nunca supo cómo podía callar cuando por dentro explotaba, ¡cómo de paralizada estaba su mente que no podía articular palabra!. No entendió nunca ese mecanismo, que no era sino una defensa y que a él sacaba de quicio.

Y comenzó a gritarle una vez más. Pero esta vez en la calle, que aunque desierta, escucha. A exhortar su mala decisión, a gritarle su incapacidad de hablar y razonar con él, como si de una discapacidad se tratase, a despreciar su trabajo, su ser y a querer a su vez poseerlo todo de ella. Era desprecio para tenerla, era humillación para que a través del miedo, pudiera ceder. Pero ella no cedía. Ahí pudo estar su tumba, luego lo supo, pero era un muro que no podía derrumbar.

Quizá si se hubiera tratado de otro hombre, ella hoy no estaría con vida. Le hizo daño, pero no la mató. La empujó contra el cristal de la puerta de entrada. Ella quería entrar, sólo quería abrazar a su pareja y llorar, y olvidar, olvidar, olvidar...

Rompió la luna de la puerta y se clavó en el rostro y en el hombro pequeñas esquirlas que cuidadosamente extraerían después en urgencias. Él salió corriendo. Puede que arrepentido. Al menos asustado.

Fue el desencadenante de todo. No podía consentir más agresiones, ése límite también lo tenía claro. Podía gritarle, chantajearla, humillarla, acosarla... pero no podía tocarla. Nunca entendió porqué al resto de señales no les prestó atención como señales de agresión

previas...

En la comisaría interpuso una denuncia.

También la llevaron a urgencias donde certificaron la agresión. Ya había aprendido a tener pruebas, nunca se sabía que podría pasar.

Y cuando ya todo estuvo más calmado, cuando el golpe ya comenzaba a ser asimilado, habló con su hermano y sus padres y contó la última parte de la historia de acoso y derribo, del miedo, del ansia, del precipicio al que ahora se abocaba todo... No pudo desahogar con ellos. Hubiera sido complicado que entendieran algunas cosas, y el resultado podría haber sido peor. Siempre tratando de proteger a los seres queridos de los golpes duros. Había que suavizar. Pero se quedaba dentro.

Nunca más volvió a verlo, ni a hablar con él, sino a través de sus abogados.

Siguió yendo a terapia muchos meses. No debía quedar nada dentro. No quería permitirse el lujo de ser envenenada. Aún le quedaba mucho por disfrutar de la vida.

Y emprendió varios caminos que le llevaron a donde está hoy. Un regreso a su esencia, a su ser artista y educadora, a una lucha incansable por la vida, el día a día, sus hijos y su familia. Sigue haciendo deporte de competición y se aferra a él como fondo de garantía de vida. Como una tabla de salvación para los malos momentos, un descanso de la rutina y una doble motivación con la competición, ésa que tan innata llevaba dentro.

Cuando repiensa esos años, todavía siente escalofríos y le tiembla la voz, pero es capaz de resumir su historia en palabras como techo de cristal, patriarcado, acoso y derribo, ambición y miedo.

Hoy en día tendría claros los signos de alarma previos a la agresión, y así lo transmite a través de su obra y su trabajo en las aulas. No puede creerse que algo así le pasara a ella, hasta que habla con muchas compañeras y alumnas con situaciones parecidas, y entonces piensa en todo lo que nos falta por recorrer, como sociedad, y como mujeres.

También espera la vida lo coloque a él en el lugar miserable que se merece. Mientras, ella, embadurna su alma de vida para seguir adelante. Rodeándose de personas preciosas que enriquecen su camino.

Espero que Nora consiga vivir en una sociedad mucho más igual para nosotras.

Nunca fuimos iguales, tardaremos mucho en serlo, y ¡sería tan maravilloso...!.

DON PEDRO